



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

NÚM. 10889

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 27 DE ENERO DE 1886

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Recolección

Presas para vinos, moderno sistema.—Bombas Noel y otros sistemas para trasiego.—Azufradores, catadores y demás enseres necesarios al viticultor.—Dos granadoras de panizo (6 fanegas por hora).—Embudos automáticos.—Tijeras para vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagenetas.

ra vendimiar, poda, etc.—Arados de vertedera.—Espino artificial.—Palos, azadas, legones, todo acero.—Carretillas y wagenetas.

INSTALACION DE RIEGOS

Pé. ez Lurbe.—Plaza de Castellini, 12

ENTRE EL MAR Y EL CIELO

UNA VISITA AL GENERAL WEYLER

Dijimos al cerrar la edición del sábado, que una comisión de periodistas había tomado sobre sí la tarea de facilitar medios, para llevar á cabo el deseo manifestado en la reunión verificada el viernes en nuestra casa, el cual deseo era despedir al Capitán general de la isla de Cuba á su paso por frente á este puerto.

La comisión cumplió admirablemente su cometido, y poniendo á contribución la bondad de los señores Bosque consignarios de la Trasatlántica, y la generosidad del Sr. D. Justo Aznar, tuvo por parte de este último un buque, para la expedición y por mediación de los primeros logró ponerse en comunicación con Barcelona, de donde no tardó en recibir cuantas noticias necesitaba para asegurar el éxito de aquella.

El trasatlántico «Santo Domingo», que había de conducir á Cádiz al general Weyler, pasaría por frente á este puerto sobre las nueve de la mañana de ayer y se acercaría al mismo cuanto fuera posible.

Con estas seguridades, verificóse ayer la expedición con éxito muy superior del que nos prometíamos. El vapor había acelerado su marcha, y á las siete de la mañana, cuando los expedicionarios se estaban reuniendo en el muelle, la sirena del «Santo Domingo»

anunciaba la presencia de éste frente al puerto, entre el rompeolas y el islote de Escombreras.

Embarcáronse rápidamente los expedicionarios reunidos hasta aquel instante, y sin esperar al resto, dirigióse el buque hacia el trasatlántico, que se mantenía en el mar en espera de la anunciada visita, estallando en todos los labios, á la aproximación de los dos buques, los gritos de ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva la Caballería! ¡Viva Weyler!

Y era de ver en aquel momento solemne y grandioso como ponían todos, soldados y periodistas, las energías de sus almas en los pulmones, para hacer llegar más alto y más lejos el grito que suena desde hace once meses en las playas españolas y en los campos de Cuba: el grito santo de ¡Viva España!

Invitados por el capitán del buque á pasar á este, aceptamos presurosos, al par que reconocidos, el ofrecimiento, y una vez en el «Santo Domingo», fuimos recibidos por el general Weyler, al cual entregamos la siguiente carta de despedida:

Excmo. Sr. D. Valeriano Weyler:

«La prensa de Cartagena, obedeciendo el general sentimiento patrio que hoy hace latir aceleradamente el corazón de todos los españoles, acude aquí en medio de la magestad de la Naturaleza, entre

las azuladas ondas de este mar latino, cuyos murmullos os arrullaron en la cuna, y este purísimo cielo levantino bajo cuya espléndida bóveda trascurrieron también los encantadores días de vuestra infancia, para rendir un homenaje de respetuoso cariño al caudillo ilustre, esperanza de la patria en peligro; para dar un emocionado adiós al general esforzado en cuyas gallardas energías tiene hoy España entera fijo su pensamiento.

En la lucha que vais á emprender contra la traición no vais solos: os acompaña el alma de un pueblo heroico.

Para decirnos ¡adiós! solo acude á nuestros labios un grito: ¡Viva la integridad de la patria!!

Excmo. Señor:

El Mediterráneo.—El Noticiero.—Las Noticias.—EL ECO DE CARTAGENA.

Con voz en que se notaba la emoción que sentía, nos dijo así el general Weyler, tan luego hubo leído la carta.

—Agradezco con toda el alma a la prensa de Cartagena esta prueba de patriotismo y de afecto hacia mi persona.

Obedeciendo estímulos del patriotismo y la voz de la opinión, que me he comprometido á sostener la campaña, voy á Cuba de cuya situación estoy enterado. Mi primer cuidado será limpiar de insurrectos la provincia de la Habana y limítrofes, que son las más ricas y donde hay mayor número de españoles.

Han dicho que soy sanguinario y no es verdad; pero soy partidario de la energía y el rigor; esa ha sido mi bandera y lo seguirá siendo en el momento presente.

Calmen ustedes las impacencias de la opinión, comenzando por calmar las propias impacencias.

La prensa puede ayudarme mucho y en ella confío.

Las palabras del general fueron escuchadas con religioso silencio

y seguidas de una explosión de entusiasmo; siendo aclamado el general Weyler por todos los presentes.

La necesaria despedida puso fin á la escena patriótica y luego de manifestarnos el general su reconocimiento y de ofrecernos pasar por Cartagena á su regreso á España, volvimos á nuestro barco.

Poco después la hélice del «Santo Domingo» barrenaba furiosamente en la masa líquida y se llevaba el buque; agitaronse en el aire los pañuelos; poblóse el espacio de fervorosas vivas y cuando ya los gritos no llegaban, el pensamiento se abisnó en las declaraciones del general, tan importantes y tan concluyentes.

Energía y rigor—nos había dicho.

Precisamente las dos medicinas que se necesitan para curar á Cuba de la enfermedad que la afecta.

Fiesta íntima

De vuelta de la expedición marítima realizada ayer por la prensa, reuniéronse á almorzar en la Fonda de Roma gran número de redactores de los periódicos locales, estando representados todos éstos. De algún modo habíamos de celebrar el haber visto de nuevo en el mundo la libertad de nuestro deseo en lo que respecta á la despedida al general Weyler, y ya se sabe como se celebran los sucesos felices: comiendo.

No recordamos habernos reunido jamás por iniciativa propia en defensor de una mesa cargada de manjares, y ayer lo hicimos. Era cosa nueva y la saboreamos con deleite.

Y tal reunión no fue perdida, y lo verá el que leyere si lee hasta el final.

Pero no adelantemos los sucesos, como dicen los autores de novelas de á perro chico.

Si no fuera por ofender la modestia del dueño del Hotel Roma le daríamos un golpe marroquí; pero dejando tranquilo al dueño, diremos que el que come en dicha fonda está propenso á padecer indigestiones si se atreve con todo lo que le pone delante.

Cuando el almuerzo llegaba á los platos nos sorprendió el señor Alcalde con el envío de champagne y esquisitos cigarrillos, y dicho se está que no hubo en aquel momento nadie que hablara más de él; al contrario, no hubo quien no dijera algo en su elogio. Y es que pueden tanto unas copas de champagne y unos cigarrillos cuando se ha comido bien.

Algunos propusieron tomar el café en el salón de nuestro colegio «Las Noticias» y allí encaminamos nuestros pasos y allí se desbordó la alegría y allí también salió á luz y tomó forma un pensamiento nobilísimo que venía elaborando en la mente de uno de los reunidos.

El joven abogado y amigo nuestro, señor García Vico, propuso, que ya que se encontraba reunida la prensa local, se acordara, por el voto unánime de todos, publicar un número único, en el que colaboráran todos, y cuyos productos serían destinados á socorrer á los heridos en la campaña de Cuba.

La proposición fue aceptada con júbilo y en un momento quedó constituida una comisión de cuatro individuos, uno de ellos el autor del pensamiento, la cual se ocupó de redactar el programa de este número único.

El día de ayer fue día completo para de prensa: se comenzó despidiendo en su cámara al capitán general del ejército de Cuba y le puso fin juramentándose por hacer una obra de caridad.

Delirio patriótico

Tanta razón el general Weyler cuando decía ayer á los redactores de la prensa cartagenera que la opinión le había designado general en jefe del ejército de Cuba. Los periódicos llegados hoy de la capital del principado confirman las palabras del general.

Toda Barcelona, en representación de toda España, le ha seguido de la Capitán general á la iglesia, de ésta al muelle, y cuando ha llegado á la línea divisoria entre el mar y la tierra, ha tomado por asalto botes y vapores, y entre aclamaciones entusiasmadas y vítores frenéticos, le ha acompañado primero el vapor, después fuera del puerto.

Los periódicos catalanes dicen que jamás presenciaron espectáculo semejante. Quiso el general revistar á la caballería

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

Los más graciosos de Inglaterra es aquella ciudad ó aldea, que se alaba de poseer una excelente posada al estilo antiguo, y un jardín de recreo vasto y singular.

Caminaban nuestros viajeros con lentitud por la mal empujada calle, cuando repentinamente se oscureció el cielo y algunos pedricos de granizo anunciaron una tempestad.

—Ya os lo había dicho yo, exclamó Jorge Habert, estaba seguro de que el día no terminaría sin llover; ahora tendremos agua hasta las narices.

—Jorge se sirve de una frase trivial, dijo lord Donningdale, abotonándose su frac. Mientras decía esto le cruzó por delante un relámpago que quitaba la vista, y el cielo se fué ennegreciendo mas y mas. Tú tienes razón, añadió el lord, é hizo tomar el trote á su caballo.

De allí á un momento llegaron á la puerta de la antigua posada; ladraron los perros, sonaron las campanillas, corrieron los criados; á la puerta estaba una silla de posta muy sencilla, pintada de oscuro, y una dama, atraída sin duda por todo aquel ruido, se asomó á la ventana del número 2, del primer piso; la silla de posta pertenecía á esta dama, que en aquellos instantes se hallaba sola en el aposento. Mirando atraída á los que llegaban, se fijaron sus ojos en

ERNESTO MALTRAVERS.

Una cara, se puso pálida, arrojó un débil grito y cayó sin sentido sobre el pavimento.

Lord Donningdale y demás personas que le acompañaban, fueron conducidos al cuarto inmediato al que ocupaba la dama; ambas piezas, hablando con propiedad, no formaban más que una sola, que servía para los bailes y para las reuniones políticas del condado, dividiéndose después en dos por medio de un tabique delgado, que podía quitarse cuando era necesario.

Café con estrépito el granizo, retumbaba el trueno; el aspecto desolador del espacio y triste aposento aumentaba la sensación positiva de frío, que se experimentaba al entrar en él.

Valeria estaba temblando y se acercó al fuego que se hizo inmediatamente.

—Estais empapada en agua, querida señora, dijo lord Donningdale, debéis quitaros vuestro vestido y hacerlo secar.

—Oh! no, esto importa poco, respondió Valeria con una precipitación acerbá.

—Eso importa más que todo lo del mundo, dijo Ernesto. Por dios, seguid nuestros consejos.

—Os apesadumbráis por mí? murmuró Valeria.

—Podéis hacer semejante pregunta? replicó Ernesto en el mismo tono, con amistosa ternura.

Y el buen viejo de lord Donningdale hizo llamar

66 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

sienes con ambas manos, como una persona que quiere reunir sus ideas.

Era su rostro hermoso, cándido, casi infantil, y el regocijo que ahora rebosaba por aquel rostro brillando con una sonrisa inesperada, tenía tanto de afectuosa y festivo, que no se le podía mirar sin esperarse un interés intenso, aunque pasoso; era como la alegría de una persona que ha conocido la tristeza. Se levantó repentinamente diciendo: No, esto no es sueño, él ha vuelto, él está aquí; todo se arreglará nuevamente. Ah! esa voz que oigo es la suya, Dios le bendiga. En esa voz es la suya. Calló, con un dedo puesto en su boca, é inclinada la cabeza, escuchaba un débil y confuso rumor de voces, que ahora veniendo por la delgada puerta que la tenía separada de Ernesto, llegaba á sus oídos.

Escuchaba con una atención profunda, pero no podía distinguirse las palabras; así continuó escuchando violentamente; «no está sola, ni nada de ella; esperaré y cuando ya no oiga que me llaman, me venturaré á entrar».

Y qué conversación era la que oía para saberlo volvamos á ocuparnos de Ernesto.

Se hallaba ésta todavía en la actitud pensativa que hemos descrito, cuando entró madama de Ventadour en el aposento; la francesa se puso encarnada al verse